

# NOTAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN EL ECUADOR Y ACERCA DEL INFORME DEL DR. ROBERT E. BELL DE SUS EXCAVACIONES EN "EL INGA"

Por  
CARLOS MANUEL LARREA

Los estudios científicos de Paleantropología son muy modernos. Esta vastísima disciplina, rama de las ciencias biológicas generales, intenta penetrar en las sombras que rodean el proceso de la génesis humana; trata de fijar el lugar del Hombre en la historia de la vida; el sitio que le corresponde dentro del grandioso cuadro de la Naturaleza en el Reino zoológico y busca el **Phylum** del que procede y cómo se ha verificado la formación de esta especie, hoy extendida por toda la superficie del planeta.

Calculan los sabios que la vida sobre la tierra apareció tal vez hace unos dos mil millones de años. Tuvo lento desenvolvimiento con las formas rudimentarias y primitivas desde el período antecámbrico de la Era Primaria hasta la aparición de los reptiles, los pájaros y los mamíferos en los períodos jurásico y cretáceo de la Era Secundaria. En esta evolución maravillosa de la vida ocurrió un hecho de trascendental importancia: hacia el final de la Era Terciaria, destacan entre los mamíferos ciertas formas precursoras del Hombre, sin que puedan considerarse como sus antepa-

sados. Tales, por ejemplo, el Oreopiteco de las capas miocenas de Toscana; los Australopitecos, descubiertos en el Africa austral, el Gigantopiteco del Asia oriental, el Sinántropo hallado en Chukutien, cerca de Pekín.

La preocupación y el anhelo por conocer el origen de la Humanidad encuéntrase en la aurora misma de las civilizaciones; pero éstas, aun las más antiguas de que tenemos noticia, se remontan a épocas muy cercanas a nosotros, recientes, puede decirse, si se comparan con los remotísimos tiempos en los que aparecen pruebas de haber existido el Hombre. Los orígenes de la Humanidad fueron objeto de lucubraciones de pensadores en todos los tiempos. Mezcladas ideas luminosas con fábulas y leyendas heroicas, la tradición popular, los poetas, filósofos y científicos de las más diversas naciones han tratado de resolver el misterioso problema del origen humano. El genio de Grecia llegó a considerar "cuestión suprema" la génesis del "Rey de la Creación", íntimamente ligada a la de sus dioses. No sólo en Grecia y en el mundo latino, sino en la India, en Asiria y en Egipto, viejas civilizaciones, se encuentran hipótesis y teorías respecto del origen y la antigüedad del hombre en poemas y en estudios filosóficos. Lucrecio, Plinio, Diódoro, Estrabón y otros sabios de la antigüedad emitieron ideas concernientes a la antigüedad del Hombre, a su existencia en épocas anteriores a las de las leyendas heroicas; pero su perspicaz y agudo ingenio estaba muy lejos de imaginar la realidad que la ciencia moderna trata de establecer con los datos proporcionados por la Geología, la Paleontología, la Antropología física, la Arqueología y otras ciencias auxiliares de la Prehistoria.

En la Edad Media prevaleció de manera casi absoluta la cronología bíblica y hasta en los descubrimientos del siglo XVIII realizados por Mercati y en las colecciones formadas en 1838 por el insigne Boucher de Perthes, designábanse como **antediluvianos** los primeros restos fósiles que se encontraron. Sólo a mediados del siglo XVIII se concretó

la idea de una “**Edad de Piedra**” que precedió a la de Bronce y a la de Hierro. A la Edad de Piedra se atribuyeron los instrumentos líticos que hasta entonces el vulgo consideraba como efecto del trueno y que eran llamados “juegos de la Naturaleza”.

Hacia mediados del pasado siglo puede, pues, señalarse el nacimiento de la Prehistoria. Geólogos, Paleontólogos y Antropólogos estudian afanosamente los restos fósiles del hombre, partes más o menos completas de cráneos, algunos maxilares, bóvedas palatinas, dientes y molares aislados, rarísimos fémures y otros pocos huesos, sin poder establecer con certeza si aquellos restos corresponden al hombre o a homínidos anteriores a la aparición de la inteligencia reflexiva, el fenómeno más trascendental en la historia de la Tierra.

Mas por sólo los caracteres antropológicos de los cráneos fósiles no puede evaluarse con certeza el psiquismo del individuo anatómicamente semejante al hombre actual. Son los artefactos inventados por el hombre, los instrumentos líticos encontrados junto a su cadáver o a los esqueletos de animales de especies desaparecidas: lascas, raspadores, puntas de dardos, lanzas talladas en piedra, la prueba fehaciente de la existencia del ser pensante, inteligente, reflexivo, del verdadero **Homo Sapiens**.

Ahora bien, esos instrumentos líticos se encuentran en toda Europa en el Sahara, en Africa del Sur, en Java, en la China, en el Japón y en gran parte del Continente Americano. Lo cual prueba la difusión de la especie humana por toda la superficie del globo; y que hubo una etapa de la cultura del primitivo habitante de las diversas regiones, más o menos semejante.

Pero ¿cuál fue el centro de dispersión de los grupos humanos? ¿En dónde se halla la que podríamos llamar cuna de los primeros hombres? ¿En qué época hacen éstos su aparición sobre la Tierra? ¿Cuál es, pues, la antigüedad de la especie humana? Basándose en la Geología estrati-

gráfica, en la Paleontología que describe los fósiles de especies extinguidas, y que se encuentran juntamente con los restos fósiles humanos o con los productos de su primitiva industria, se ha podido elaborar una cronología relativa que hace remontar la antigüedad del hombre, según algunos geólogos a últimos períodos de la Era Terciaria y con mayor probabilidad, según la opinión de muchos sabios, a principios de la Era Cuaternaria.

Es preciso anotar que la duración de esos períodos geológicos fue de largos milenios. Los fenómenos de las glaciaciones, los períodos interglaciares con el consiguiente cambio de clima, extinción de especies zoológicas, emigración y evolución de otras, son elementos que hay que tener en cuenta para la solución de los difíciles problemas que antes hemos planteado. A base del estudio de esos fenómenos telúricos y climatéricos, ha podido establecerse una cronología prehistórica, pero siempre con resultados aproximativos; porque es muy cierto lo que dice el Director del Laboratorio de Geología del Instituto Católico de Toulouse, P. Bergounioux, que "los orígenes de nuestra especie permanecen rodeados de una densa sombra". Pero es un hecho indiscutible de la mayor importancia, que mientras innumerables especies de animales dotados de organismos poderosos, de estructura ósea potente y defensas naturales extraordinarias no han subsistido al paso de los siglos, han desaparecido por los cambios telúricos y climatéricos, el Hombre, superando todos los embates, venciendo todos los obstáculos, ha ido extendiéndose por la superficie del planeta, desde un centro de dispersión situado acaso en las regiones del Africa central u oriental, hasta llegar a las tierras nororientales del Asia o las circumpolares del Artico. Es que, no obstante la debilidad de su esqueleto, la relativa pequeñez de su talla, en su cerebro más desarrollado que el de todos los Antropomorfos, se halla el instrumento de un psiquismo superior, la sede del alma inteligente y reflexiva imagen del Creador.

Con esa facultad superior a todo instinto el Hombre pudo subsistir. Inventó las primeras armas para defenderse de las fieras a las que disputaba sus guaridas; aprendió a defender su cuerpo de las inclemencias del ambiente cubriéndolo con las pieles arrancadas a los animales que cazaba; inventó o aprovechó del fuego para mejorar su alimentación y abrigarse del frío. Esas lascas talladas rústicamente, esas puntas de flechas encontradas en las cuevas con los restos fósiles de elefantes antiguos, de megaterios, mastodontes y fieras carnívoras; esos raspadores, punzones y buriles, atestiguan la existencia del Homo Sapiens seguramente desde el período Pleistoceno de la Era Cuaternaria.

En esas capas geológicas muy pocos han sido los cráneos y osamentas humanas encontrados. Los milenios transcurridos convirtieron en polvo los huesos que no llegaron a fosilizarse; pero las piedras, los sílex tallados, la llamada **Pebble industry** encontrada en las cavernas o en los yacimientos estratigráficos del Cuaternario, como los aluviones antiguos del Somme en Francia, permitieron a los sabios paleontólogos y arqueólogos calcular que el Paleolítico inferior de Europa se desarrolló en los períodos interglaciares Mindel-Riss y Riss-Wurm. En este último período interglacial se desarrolló el Paleolítico medio; y en el tiempo en que se efectuó el retroceso de los hielos Wurm, el Paleolítico superior. Estos datos tienen gran importancia para resolver el problema de la antigüedad del Hombre en nuestro Continente.

Descartadas completamente han quedado las teorías de Ameghino y de algunos paleontólogos de Argentina que pretendieron, sin suficientes pruebas, señalar el origen del hombre en la región de la Pampa: Ales Hrdlicka y otros paleontólogos y arqueólogos, entre los que debemos mencionar a Outes e Imbelloni, deshicieron enteramente, por carecer de fundamento científico, aquellas teorías. Ni la de Agassiz que sostenía el poligenismo geográfico y que

la raza indígena que hallaron los españoles era autóctona de América, ha podido ser mantenida científicamente. Hoy es principio aceptado por todos los hombres de ciencia que América se pobló por diversas oleadas venidas de otros Continentes, y que los restos humanos aquí encontrados no son más antiguos que los hallados en el Viejo Mundo. Aun el famoso cráneo de Calaveras, en California y los restos encontrados en Nebraska en 1907, no pueden remontarse más allá del período Pleistoceno. El insigne paleontólogo Teilhard de Chardin cree que el Hombre llegó al Continente Americano a fines del Pleistoceno, acaso en la aurora de los tiempos neolíticos de Europa; y el sabio Marcellin Boule, después del más prolijo estudio de los restos humanos encontrados en América del Norte, opina que "les immigrations en masse a partir de l'Asie, n'ont pu s'effectuer pendant que les nappes de glaces recouvrait la plus grande partie de l'Amérique du Nord. Elles n'ont été possibles qu'au cours d'une grande période interglaciaire et plus probablement, après le retrait définitif des glaciers." (Les Hommes Fossiles, Paris, 1921).

Y añade el sabio francés que bajo el punto de vista antropológico, se puede decir que hay unánime consentimiento a englobar todas las poblaciones americanas antehistóricas, es decir lo que ahora se quiere llamar **Amerindios**, al gran tronco de las razas amarillas. Parece que todas estas poblaciones vinieron del Mundo Antiguo; pero su repartición, desde hace mucho tiempo realizada sobre toda la superficie de las dos Américas, las diferencias físicas, lingüísticas o sociales que ellas presentan, o que han presentado, llevan a pensar que el poblamiento del Nuevo Continente por el Antiguo, debe forzosamente remontar muy alto en el pasado.

En el Ecuador, hasta principios del pasado siglo no se tenía ningún dato concreto que permitiera calcular la antigüedad de la existencia del Hombre en este país. El fundador de los estudios arqueológicos Ilustrísimo Señor González Suárez, en varios de sus luminosos libros habló de la "remota

antigüedad de la población indígena en el territorio ecuatoriano"; pero nada dijo sobre la época en que se verificó dicho poblamiento. En 1908 descubrió el Dr. Paul Rivet en los abrigos bajo rocas situados en Paltacalo, cerca del río Jubones 138 cráneos de los cuales algunos presentaban los mismos caracteres antropológicos que los descubiertos por el naturalista danés Dr. Lund, en Lagoa Santa en el Brasil. Estos cráneos son tenidos por los más antiguos en América del Sur. En 1923 el Sr. G. H. H. Tate, ayudante del Dr. E. H. Antony, descubrió en la quebrada de Chalán un fósil humano conocido como el cráneo de Punín. Lo estudiaron primeramente los antropólogos Dr. Luis R. Sullivan y Dr. Milo Hellman, considerándolo como el resto más antiguo del Hombre hasta entonces encontrado en nuestra Patria. Las formaciones geológicas en donde fue hallado el cráneo de Punín se clasifican como pertenecientes al período Pleistoceno. Un maxilar humano, bastante fosilizado, fue encontrado a orillas del río San Pedro, en Chillo; y una tibia hallada a gran profundidad en Cotacollao, parecen remontarse —si los datos geológicos son exactos— a la época de la última glaciación. El Profesor Dr. Spillman halló en Alangasí, en 1928 una punta de flecha junto a los huesos de un mastodonte. Sobre este encuentro se ha escrito bastante, sin haber llegado a conclusiones definitivas. El sabio americanista Dr. Max Uhle publicó en el Tomo V del Boletín de la Academia Nacional de Historia (Quito, 1923, pp. 302-316) un admirable estudio titulado "El Problema Paleolítico Americano". Allí sostiene el Dr. Uhle que hubo un período en el que ciertamente el hombre americano fabricó instrumentos de carácter semejante a los del paleolítico europeo "aunque de posición cronológica diferente". Y en carta al Académico Dr. Navas le manifestaba que no creía en la existencia de un verdadero paleolítico en el Ecuador; terminantemente decía que aquí no había restos paleolíticos.

Inmensa importancia revisten, pues, los descubrimientos realizados por el Ingeniero Sr. Allen Graffham de Ard-

more, en 1956, de unas puntas de flechas y otros instrumentos líticos de factura primitiva, en unos terrenos erosionados al oriente del cerro Ilaíó en la Provincia de Pichincha. Este descubrimiento fue comunicado al Profesor Dr. Robert E. Bell, de la Universidad de Oklahoma, quien lo dio a conocer en una conferencia sustentada en la ciudad del Lago Salado, en mayo de 1959. Al año siguiente, bajo los auspicios de dicha Universidad de Oklahoma, el Dr. William J. Mayer-Oakes y el Dr. Bell realizaron una breve investigación de la localidad en donde se habían encontrado los objetos de obsidiana y de basalto que revelaban la existencia del hombre prehistórico. Años antes, el Dr. Isidoro Kaplan y el que escribe estas páginas, habían formado extensas colecciones de instrumentos líticos en la zona de Tumbaco.

Durante los meses de junio, julio y agosto de 1961 el Dr. Robert E. Bell, teniendo como ayudante al Sr. James A. Neely, graduado de la Universidad de Arizona, practicó las sistemáticas excavaciones a las que se refiere este Informe.

El trabajo del Dr. Bell puede ofrecerse como un modelo acabado de informe científico acerca de una exploración y excavación arqueológica. En todas sus partes revela los conocimientos científicos del autor, el concienzudo análisis de los datos proporcionados por el trabajo de exploración, la técnica admirablemente empleada para el examen minucioso de las piezas arqueológicas encontradas, y la prudencia para emitir deducciones y conclusiones respecto del periodo paleolítico en el Ecuador.

Con claridad y elegancia, después de describir admirablemente la zona de las investigaciones, haciendo resaltar sus características geográficas y geológicas, va describiendo la forma de la excavación, la prolijidad con que "toda la tierra era tamizada en una tela metálica de un cuarto de pulgada y cómo se recogían todos los objetos encontrados en los diferentes niveles". Indica el autor del Informe el cuidado con que se guardaban en bolsas adecuadas los objetos hallados en cada sitio, marcándose el cuadro del plano, el

nivel, la profundidad y la fecha correspondiente. Instrumentos los más modernos fueron empleados para el levantamiento de los planos, para la anotación de la temperatura del suelo a diversas profundidades y distintas horas del día y de la noche, como datos ilustrativos para facilitar el análisis de muestras del terreno y de trozos de obsidiana recolectados, a fin de computar la fecha de antigüedad de la ocupación del sitio por los primitivos habitantes.

En la descripción de las puntas de proyectil, revélase el erudito conocedor de la Arqueología americana y el sabio en la técnica que probablemente empleó el cazador primitivo para la fabricación de sus armas y utensilios. Nada escapa a su paciente observación, ni la pequeña piedra estriada, ni los llamados escondites de astillas, que tal vez fueron depósitos de materiales de obsidiana inutilizable, entre los que no han dejado de encontrarse pedazos de raspadores, buriles y punzones. Si las puntas de proyectiles enteras y fraccionadas apenas llegan al número de 122, preciso es tener en cuenta los siglos transcurridos hasta su descubrimiento. ¿Cuántos ejemplares perfectos habrán sido recogidos por casualidad, en tiempos coloniales y republicanos, sin sospecharse siquiera la importancia y valor científico del hallazgo?

De todos modos el descubrimiento de puntas de proyectil con espiga, semejantes a las encontradas por Bird en la Cueva de Fell, al Sur de Chile, viene a confirmar la teoría de que la primera oleada humana que llegó a nuestro Continente fue avanzando de Norte a Sur, acaso hasta el extremo de la Patagonia, tardando milenios en su desplazamiento. Al sitio del Inga los cazadores nómadas y recolectores de frutos de los bosques que en remota época cubrirían esos terrenos ahora tan erosionados y casi estériles, posiblemente llegaron unos siete mil años antes de Jesucristo. El hombre ha existido, pues, en esta parte del territorio de nuestra República desde hace unos nueve mil años. La comparación del grupo de puntas llamadas de Cola de Pez de El Inga con otras semejantes encontradas en diversas partes

del Continente, lleva a la conclusión de que los instrumentos líticos de El Inga, tienen características especiales: ciertos buriles raspadores estriados, etc., no se encontraron en otra parte de América o no han sido estudiados hasta ahora.

Entre las conclusiones a que llega el Dr. Bell en su luminoso Informe, debemos recoger las siguientes: Por el análisis prolijo del material encontrado, pueden señalarse tres diversos niveles que corresponden a épocas de ocupación del sitio de El Inga por los cazadores y recolectores primitivos. El Inga I, es muy semejante al conocido como Magallanes I, procedente de las Cuevas de Fell y de Palli Aike en Patagonia meridional. Las puntas acanaladas, probablemente se relacionan con las provenientes de los complejos Clovis y Folsom, en el Occidente de los Estados Unidos de América. Otras puntas provenientes de Inga II se parecen a ejemplares procedentes de Lauricocha II, en el altiplano del Perú y a paliolitos del complejo de El Jobo en Venezuela. Y los artefactos de El Inga III, opina el autor del Informe, que no se parecen especialmente a ningún otro conjunto de los estudiados hasta ahora.

Hubo, pues en El Inga una sucesión de ocupaciones que duró acaso unos 5.000 años. Las antiguas, según los datos proporcionados por el carbono 14, pueden remontarse a unos 9.000 años de antigüedad. La más moderna ocupación debió verificarse hace unos cuatro mil años. Como afirma el Dr. Bell, estas conclusiones son absolutamente seguras: será preciso que se hagan excavaciones similares a las practicadas en El Inga en otros lugares del país para llegar a conclusiones más precisas sobre el Paleolítico ecuatoriano.

Afortunadamente los trabajos científicos que está llevando a cabo la señora María Angélica Carlucci de Santiana, en diversas regiones del Ecuador acerca de esta interesantísima materia —y de cuyos estudios ya nos ha dado algunas importantes publicaciones—, contribuirán al esclarecimiento de las cuestiones que todavía no han sido resueltas.